

EL MOSQUITO MEXICANO.

(TOM. V.)

Las mejores instituciones de nada sirven, si se quedan escritas en el papel y existen solo para perpetuar

en ridiculo á la nacion. ¿Qué será, pues, del país en donde el abuso se sobrepone á la ley?

(NUM. 49.)

LUNES 5 DE MARZO DE 1838.

INTERIOR.

MEXICO 17 DE FEBRERO DE 1838.

Continúa el artículo comenzado en el núm. 38.

He dicho que si entramos en nueva carrera de crímen, espondremos nuestra libertad á grave riesgo. Ya estamos bastante corrompidos. Bajo un aspecto, nuestras instituciones nos han burlado á todos. No nos han inspirado la elevacion de caracter, que es el beneficio mas precioso de la libertad, y realmente el último verdadero. Ciertamente es que nuestros progresos en prosperidad van asombrando al mundo; pero esta prosperidad ha influido mucho en contrariar el influjo ennoblecedor de las instituciones libres. Las circunstancias peculiares del país y de nuestros tiempos, han derramado sobre nosotros un torrente de riqueza, y la naturaleza humana no ha sido bastante robusta para resistir al asalto de una tentacion tan grave. La prosperidad se nos ha hecho mas cara que la libertad. El gobierno se considera mas bien un medio de enriquecer el país, que de asegurar los derechos individuales. Nos hemos casado con el lucro, mirándolo como el primero de nuestros bienes. A nadie que haya estudiado la naturaleza humana, sorprenderá que, bajo el predominio de esa pasion degradante, declinen todas las virtudes mas elevadas, la independencia moral, la sencillez de costumbres, la inflexible rectitud, el respeto á la conciencia, el debido al hombre como hombre, que son los ornamentos y salvaguardias de una república, y cedan al cálculo y la satisfaccion egoista, á esfuerzos ansiosos, envidiosos é insaciables, al espíritu de emprender aventuras extravagantes, y al juego de la especulacion. La invasion de Tejas por nuestros ciudadanos, es un comentario tristísimo sobre nuestra moralidad nacional: no es fácil resolver la cuestion de si podríamos elevarnos á la fuerza y abnegacion propia de hombres libres, sin alguna purificacion de fuego, sin alguna postracion extraordinaria de la prosperidad que nos corrompe.

Aun hay otros motivos de alarma para lo futuro. Cunde en la comunidad un espíritu de desenfreno, que si no se reprime, amenaza disolver nuestra forma presente de sociedad. Aun en los estados antiguos, la plebe tumultuaria se está apoderando del gobierno, y cualquier periódico inmoral inflama con poco trabajo á la muchedumbre, y la precipita á cometer actos de violencia. Si miramos á las partes del país, mas inmediatas á Tejas, vemos el brazo de la ley paralizado por las pasiones de los individuos. Los hombres toman bajo su proteccion personal los derechos para cuya seguridad se ha establecido el gobierno. El ciudadano que porta armas para defenderse, lleva consigo pruebas perpetuas de la flaqueza de sus autoridades. La sustitucion de tribunales improvisa-

dos en tumultos á la administracion regular de justicia, y la imposicion de inmediato castigo en momentos de frenesí popular, son síntomas de un pueblo todavia semibárbaro. Yo no sé que país alguno civilizado de la tierra, haya presentado en el año último un espectáculo tan atroz, como el de quemar á un hombre de color á fuego lento, que se vió en las inmediaciones de San Luis; y este sacrificio infernal no fué obra de pocos dominios entresacados de todo el país, sino de una turba salida de un lugar solo. Anádanse á todo esto las invasiones de los derechos de la palabra y de la prensa, perpetrados por una fuerza brutal y sin freno, cuya estension é impunidad nos obligan á creer que una parte considerable de nuestros ciudadanos aun no comprende los primeros principios de la libertad.

Es un hecho innegable, que á consecuencia de estos y otros síntomas, ha disminuido bastante la fé de muchos hombres reflexivos en nuestras instituciones libres. Algunos desesperan. La confianza mútua entre los ciudadanos, que es la principal columna de la libertad pública, está desquiciada. Va estendiéndose la conviccion de que debemos buscar garantías á nuestras propiedades y vidas, bajo otro gobierno mas fuerte. Hombres que en público hablan de la estabilidad de nuestras instituciones, murmuran en secreto sus dudas, tal vez su menosprecio. Esos temores son tan comunes, que han llegado á saberse en Europa. No ha mucho que recibí carta de un inglés, amigo ilustrado y serviente de la libertad, preguntándome si debe creer á uno de sus compatriotas, recién vuelto de los Estados Unidos, el cual le afirma haberle dicho con repeticion personas respetabilísimas, que el experimento de la libertad habia salido mal aquí, y se habia disipado la fé en nuestras instituciones.

Todos convendremos en que ese viajero, ha desfigurado en parte lo que oíría. Pero ¿no se ha resfriado entre nosotros el entusiasmo de la libertad? ¿La antigua desconfianza respecto del poder, es tan viva y decidida como antes? Cada dia no invaden los partidos con menos escrúpulo la constitucion y los derechos de la minoría? Todos habremos de confesar el cambio que se nota en un punto. Cuando vos y yo crecíamos, ¡qué profundo interés reinaba en este país por el triunfo de las instituciones libres en los estranos! Con qué palpitaciones ansiosas contemplábamos la lucha de los oprimidos! Cuántos de nosotros, habrían sacrificado con gusto sus vidas por la causa de la libertad en la tierra! Hoy, ¿quién piensa en las instituciones libres de otros climas? ¿Cuán rara vez se oye tal convencion en los labios de los hombres! Muchísimos, desalentados por la licencia que aquí reina, dudan el valor de las instituciones populares, especialmente en países menos ilustrados, mientras otros, en número todavia mayor, absortos en el lucro, no tienen tiempo de pensar siquiera en las luchas de la libertad, y con tal de que puedan tener un comercio

ventajoso con las naciones extranjeras, les importa muy poco si que sean esclavas o libres.

Después de haber contestado energicamente el Dr. Channig á los que pudieran acusarle de misántropo, espresando que en su país se le reputa uno de los que esperan cuando no hay esperanza, prosigue de este modo.

Es tan cierto que los defectos y crímenes de nuestros compatriotas hacen decaer la causa del republicanismo en otras partes, como el que nosotros mismos dudamos cada dia mas de su buen éxito. En el exterior, el republicanismo se identifica con los Estados Unidos, y es cierto que el nombre americano no ha subido últimamente en el mundo. Ahora, al estar escribiendo, he recibido un periódico inglés en que la ley de Linch (1) se asocia tan familiarmente con este país, como si fuera uno de sus establecimientos. Nos citan cual monumentos de las tendencias degradantes, que se atribuyen á las instituciones populares. Cuando visité á Inglaterra, quince años há, se me espresaban libremente ideas republicanas. Es probable que hoy no sucedería lo mismo. Parece que los ánimos se convierten á principios gubernativos mas severos; y este país es responsable en parte de ese cambio. Los extranjeros creen que entre nosotros la propiedad está menos segura, el orden es menos estable, la ley es menos reverenciada, los vínculos sociales se rompen mas fácilmente, la religion se halla menos sostenida, y aun la existencia se reputa menos sagrada que en otros países. Sin duda las preocupaciones de los pueblos extranjeros y los intereses de sus gobiernos, han hecho que nuestros males sean excesivamente exagerados. Se toma á las partes menos civilizadas del país para que representen al todo, y algunas atrocidades aisladas se figuran como hábitos de la población. Pero ¿quién no conoce que hemos dado motivo para que nos censuren? Y fijaremos esta censura, y la exasperaremos hasta convertirla en indignacion y odio, adoptando una política contra la cual se sublevarán los sentimientos morales del mundo cristiano? ¿Haremos que el nombre de república sea una „peste á las narices“ de todas las naciones, empleando nuestras fuerzas en apuntalar y difundir la esclavitud, resistiendo á los esfuerzos que hacen otros países para abolirla, y quedándonos atrás de las monarquías en veneracion á los derechos del hombre?

Cuando contemplamos en idea el crecimiento probable de este país; al pensar en los millones de seres humanos que deben esparcirse en nuestro actual territorio; al meditar en la carrera de perfectibilidad y gloria abierta á este pueblo nuevo; en los impulsos que las instituciones libres, si prosperan, deben dar á la filosofía, la religion, las ciencias, la literatura y las artes; en el vasto campo en que debe practicarse el experimento de lo que pueden alcanzar facultades libres del hombre; en la brillante página de historia que llenaron nuestros padres, y en las ventajas que nos proporcionaron sus trabajos y virtudes, para que prosigamos su obra: cuando pensamos en todo esto, ¿podemos no abandonarnos á espléndidas visiones de la gloria de nuestra patria, ante la cual deben eclipsarse y desaparecer todas las glorias de lo pasado? Es presuncion decir que si justos con nosotros mismos y con todas las naciones, influimos en este continente, estenderemos nuestra lengua, instituciones y civilizacion por un espacio mas vasto que el que jamás ha llenado nacion alguna con igual benéfico influjo? Y ¿estamos dispuestos á trocar tales esperanzas; este imperio moral sublime, por conquistas sanguinarias, resultando brutales de la fuerza? ¿Estamos dispuestos á hundirnos hasta el ni-

[1] Así se llama la facultad de cometer violencias contra las personas y propiedades, que últimamente se ha arrogado el populacho en varias partes de los Estados Unidos.—N. del T.

vel de naciones sin principios, á contenernos con una grandeza vulgar y delincuente, á adoptar en nuestra juventud maximas y fines que deben imponer á nuestra vida política futura un sello de sordidez, opresion é ignominia? Este país no puede sin peculiar infamia precipitarse en la carrera comun de una rapacidad nacional. Nuestro origen, instituciones y posición son peculiares, y todas favorecen una conducta íntegra y honrosa. No tenemos la disculpa de otras naciones estrechadas en breve límite ó amenazadas por la prepotencia de vecinos ambiciosos. Si nos abandonamos, pues, á una política egoísta, delinquirémos casi sin tentacion, y por un objeto ménos que despreciable, perderémos oportunidades de grandeza, que jamás se presentaron á otro pueblo del mundo.

He indicado la ligereza con que acostumbramos hablar de nuestro destino como pueblo. Estamos destinados (tal es la palabra) á estendernos sobre Norte-América, y embriagados con tal idea, nos importan poco los medios de realizar nuestros destinos. Parece que nuestra ambicion es estendernos, suplantar á otros, cubrir un espacio ilimitado, sin cuidarnos del influjo que haya de difundirse con nosotros. Por qué no podemos elevarnos á concepciones nobles de nuestro destino? Por qué no entendémos que nuestra obra como nacion es propagar en este continente la libertad, la religion, las ciencias, y un modelo mas noble de la naturaleza humana; y por qué no recordamos que para difundir esos bienes, debemos primero fomentarlos en nuestros propios límites, y que todo lo que nos corrompa de un modo profundo y permanente, hará que nuestro influjo progresivo sea un azote, no un bien, para este Nuevo Mundo? En Europa se ha hecho comun la idea de que estamos destinados á difundir en Norte-América una civilizacion bastarda; de que nuestra esclavitud y absorcion en el lucro y los intereses vulgares, nos harán quedar atrás del mundo antiguo en las mejoras mas nobles de la naturaleza humana, en la filosofía, en los refinamientos y entusiasmo de las letras y las artes, que esparcen tanto brillo sobre otras naciones. No soy bastante profeta para leer nuestros destinos. A la verdad, creo que nosotros mismos debemos labrarles el porvenir. Creo que el destino de una nacion está en su carácter, en los principios que determina su política y rigen los corazones de los ciudadanos. Me fundo en la ley moral y eterna de Dios. La nacion que renuncie á ella y la desafíe, no puede ser libre, no puede ser grande. [S. C.]

COMUNICADOS.

Sres. editores de *El Mosquito Mexicano*. Muy sres. míos. Los que redactan el titulado *Voto nacional*, predicaron á los sres. de la Lima: moderacion, decencia, nada de personalidad, ni de insulsa chocarrería; y son los primeros en incurrir en todas estas y otras faltas. El que quiera desengañarse, lea el número 34 de ese periódico dicho, pues queriendo juzgar el escritor contestar al Censor de Veracruz, no hizo mas que un revoltijo histórico injurioso chocarero, ocupando con él muchas columnas, sin desempeñar el objeto. Bien se conoce que es otra la pluma que ha escrito ese artículo, y de aquí es que se hace necesario decir á los del *Voto*, lo que ellos hicieron con vds. hace poco tiempo. Cuando el Editor principal no pueda encargarse de la redaccion de su periódico, confíelo á algun colaborador que le haga honor, y no á plumas, &c. &c. &c. Es de vds. atento servidor q. b. s. m. Jacobo.

Sres. editores de *El Mosquito*. Al paso que se ha decantado, y decanta tanto contra la administracion del año de 33, hoy no vemos otra cosa, que un abaco-

sonancia con algunas de las leyes que entonces se sancionaron, siendo una de ellas la del mútuo usurario, á virtud de la cual han quedado autorizados los agiotistas usureros, ó lo que es lo mismo, todo ladrón para enriquecer sobre las ruinas de nuestro pobre pueblo, afligido, aislado y tan digno de toda consideración.

Así es, que hoy con desfachatez y desvergüenza, en las mas casas de empeño se reciben las prendas del infeliz abogado, que pisa sus umbrales, con medio en cada peso por el perentorio término de un mes; y si cumplido este, no se saca, ó se lleva la correspondiente refrenda, por el mismo hecho quedó á disposición del usurero para venderla á su discreción, prevalido de la misma ley que le da una amplia salvaguardia para destruir al afligido indigente, de suerte, que ni en el gobierno mahometano puede haber una ley ni mas escandalosa, ni mas destructora y ofensiva á cualquier gobierno. He aquí que con este motivo improvisó el siguiente soneto el verdadero amante de su patria.

Es nuestro código seguramente,
Por su volumen ya tan dilatado,
Que con sus leyes, tenia cada estado,
Para dar y prestar sobradamente.
No se debe envidiar la mas potente
República del mundo decantado;
Pues podemos decir, por asentado,
Que hay una provision sobresaliente.
Solo falta... mas eso es corregible,
La observancia de ley indispensable,
Porque sin esta, no ha de ser posible
Que ningún código pueda ser laudable,
Y tampoco, si solo lo terrible
Se ha de cumplir, y no lo saludable.

EL MOSQUITO MEXICANO.

MEXICO, MARZO 5 DE 1838.

Concluye el artículo comenzado en el núm. 37.

A tan patético discurso del orador estático en Ayotla, el Sr. Farías contestó: „Que el recuerdo de sus padecimientos le sería lisonjero si sus conciudadanos lo consideraban como indigno de haberlos sufrido. Manifestó, que el amor de la patria, es la pasión dominante de su alma; que de la union de todos los buenos, pende la felicidad pública: que las antipatías solo debe haberlas para con los criminales: que él era un simple ciudadano: que jamás podría corresponder á las distinguidas demostraciones de consideración que estaba recibiendo; y que quisiera poder comprar con su propia existencia, la buena suerte de todos y cada uno de los mexicanos.

„No sería mas verosímil, honroso y exacto haber dicho que el recuerdo de sus padecimientos le sería lisonjero, si su conciencia no le recordiera por los que injustamente y con crueldad hizo pasar á muchos mexicanos? Y podrán compararse los trabajos que hizo padecer á estos inocentes, con los que S. E. eligió para sí voluntariamente? Y si el Sr. Farías puede alguna vez creerse indigno de haberlos sufrido, ¿quién podrá entonces concebir su inocencia, ni cómo confesar la del opresor y los oprimidos, porque es imposible que pueda haberla en el que mal usó del poder y en los que lo resistieron por solo el título de su debilidad? Ni cómo creerlo, si se refiere á la tenebrosa época de su gobierno, que el amor de la patria es su pasión dominante? Pues qué el amor prescribe los destrozos y el exterminio del objeto amado? Esto es absolutamente contrario á la moralidad del amor, que no es sino la voluntad misma denominada pasión con vehemencia hacia el objeto que llama bien y le desea bienes...

Pero si tales enamorados hay en el siglo, que prueban su amor, destrozando su objeto, Dios nos libre de ellos y les dé aborrecimiento para ver si con este enemigo del amor, es mas feliz la patria y los patricios. Ya se vé, dicen que „quien te quiere te hace llorar;“ pero nosotros deseamos la contraria. Hágasenos reir porque se nos aborrece. Nosotros, aunque no somos mas viejos que el Sr. Farías, enamoramos aun, como lo hacían nuestros abuelos, aunque con la prudencia de no tornarnos en Quijotes, porque esto seria estimar en poco las costillas. Amamos, pues, á una buena moza, por ejemplo; siempre le deseamos bien y se lo procuramos; pero con tanto anhelo y estudio, que aun de los ápices que puedan ocasionarle disgusto, procuramos precavernos; de aquí es que sufrimos sus impertinencias con gusto, y aun las de su familia las resistimos con afabilidad y paciencia por no desagradar al objeto de nuestro amor. Pero eso sí, los celos no podemos disimularlos, porque son el diablo que se nos mete y se asoma por nuestros ojos... Y cuáles llamará buenos el Sr. Farías para que de la union de todos ellos penda la felicidad pública? Serán por ventura los que vistieron de luto la república el año de 33? Los que tantas lágrimas hicieron verter á los mexicanos? Los que llenaron las cárceles de hombres sin culpa? Los que privaron á muchos hasta de su patria misma, desterrándolos á países estranos, y haciéndolos caminar pié á tierra y tal vez sin un real en el bolsillo, hasta encerrarlos en un pestilente ponton, mientras su infortunio les proporcionaba el buque que los habia de conducir para consumar la sentencia de iniquidad? Son por fin, los que ejercieron su crueldad aun en las dolencias humanas, y convirtieron en muy lucroso tráfico la calumnia y la superchería?... Es imposible que tales hombres sean los buenos, y creer que de su union penda la felicidad pública, es la mayor quimera que solo puede esperar un iluso postrado con el tabardillo de sus pasiones desencadenadas, cuya condicion les grangea solo antipatías por su notoria y muy experimentada criminalidad, que no puede dejar de conocer el Sr. Farías, particularmente hoy que es un simple ciudadano, en cuya posición puede, si gusta, conocer mejor á los que en su gobierno lo precipitaron para que ejerciese tanta injusticia, y sacar útil fruto aun de las distinguidas demostraciones de consideración que está recibiendo. Hagalo así, para que logre la buena suerte de todos y cada uno de los mexicanos, sin necesidad de comprarla con el sacrificio de su propia existencia, que no dudamos estará siempre comprometida, si se deja arrastrar del torbellino de tantos zaragates que por sus fines particulares y muy depravados descaaban su venida y hoy la celebran.

Terminado el discurso del Sr. Farías en contestación al del tribuno del pueblo, se hace mérito luego de lo que no puede explicarse que sintieron en aquellos momentos (de éxtasis) los patriotas que concurren en Ayotla para esperar al Sr. Farías; pero sí es muy claro que la ternura ahogó la garganta de los patriotas, y rompió sus ojos para bañarse en lágrimas de júbilo sin ecepcion de una sola persona, de manera que á no conocerlos muy mucho, creeríamos que eran de la raza de los cocodrilos, en cuya concurrencia, por decontado, no tuvieron parte ni la intriga ni el aspirantismo, y así era necesario que fuese compuesta de almas que se franquean á esa sensibilidad y desconocen los que hacen profesion de ser avaros y pérfidos, lo cual no hay en los demagogos, que solo aspiran á la felicidad de su patria aunque tengan que pasar por el amargo trabajo y costoso sacrificio de ocupar los puestos públicos, que siempre han visto con el mas honroso desprendimiento.

Entre los que se presentaron á felicitar al Sr. D. Valentin, deben ser numerados el señor cura y el señor comandante general de aquel punto, como que son dos personas de á folio, y deben ocupar un lugar muy distinguido en la historia de los recibimientos. El rey

ocujo sin mezcla de algún desorden, reinó aquel día en Ayotla, cosa bastante increíble, pues es un fenómeno, que solo puede explicarse por medio del éxtasis en que estuvieron ese día.

„Llegó el momento de venirse á la capital, y á la entrada de la garita, se numeraron cosa de trescientas personas á caballo, y como cincuenta coches.” ¡Qué tal! Tantos se desprendieron de la numerosa población de México para situarse en la garita, mirando al Oriente. „Gentes de todas clases concurren á las calles á ver la entrada, y en muchas ocasiones costó sumo trabajo el impedir á la multitud que quitase los frisones de la diligencia que quería arrastrar.” No sería la primera vez que muchos patriotas reemplazan á las molas en su oficio, ni estaba fuera de lo posible que en medio del júbilo desaparecieran frisones y diligencia, por las muy diestras manos que hay en la multitud. „Llegó el Sr. Farías á la 2.^a calle del Relox, casa del C. José María Espinosa, y trabajos tuvo para llegar á la sala: el concurso era grande sobre toda ponderación: se juntaron en la sala personas de todas clases, y algunos que temian que desconfiasen de ellos por su vestido pobre, gritaban: „vean señores, que nada nos llevamos.” Advertencia que no puede dejar de ser el mas claro indicio de que en la multitud habia patriotas de conocida industria; pero que no la quisieron ejercer en ese día, porque la cosa era de etiqueta y política. „En una mesa de la sala habia varias piezas de cristal fáciles de esconderse; ni una sola se perdió.” Hé aquí un portento, incrédulos, que negais los milagros mas palpables. „Las macetas del corredor no sufrieron lesion alguna.” Es preciso marcar esta advertencia, pues con ella se dá la mejor idea de que en la concurrencia habia personas que en otras circunstancias ni las macetas del corredor habrian perdonado. „Los agentes de la oligarquía no han tenido pretesto para desbaratar una reunion que no ha podido serles grata.” Pero si indiferente, y acaso útil para graduar la popularidad ó prestigio de una persona.

„Muchos ciudadanos arrebatados del entusiasmo, prorrumpieron en alocuciones que sentimos no haber percibido, como descabamos, para transcribirlas al papel.” Mas esto consistió en que los directores de la bulla fueron poco previsivos, para haber preparado taquígrafos que cazaran las alocuciones.

„La entrada del Sr. Farías excitara la envidia de hombres miserables, como es la de todos aquellos turbulentos y arrebatados que esperan volver á los destinos á que aspiran, y á la administracion de intereses ajenos para dilapidarlos, como lo hicieron el año de 33 con los del duque de Monteleone y otros: ella en nuestras circunstancias presenta una esperanza de consuelo en favor de las buenas costumbres del jacobinismo: nosotros la consideramos como un tributo mas, rendido á la indignacion del cielo, si, como no lo esperamos, el Sr. Farías vuelve á ser el apoyo de los malvados, ruines y perdidos de la república.”

El sr. Farías fué depositario de un poder inmenso, y no derribó una sola cabeza; razon porque conserva la suya, atendiendo aquella sentencia irrevocable, de que el que á fierro mata, á fierro muere; pero no obstante su piedad, que tambien fué inmensa, desterró á muchísimos fuera de la república, y abrumó las cárceles de mexicanos, sin que hubiese en estos ni el menor ápice de crimen: no hubo mas títulos para su persecucion, que los de la perfidia de unos, y la espantadiza conciencia de otros, que no podian oír sin estremecerse, ni el mas pequeño ruido de una pajilla, prescindiendo de muchísimos que de sus negras venganzas sacaban ó el estragado gusto de ejercerlas, ó el lucro infame de su inhumana y degradada especulacion, pues á manera de tigres rabiosos, se echaban sobre la presa que olfateaban, sin considerar siquiera para contentarse las dolencias y peligro de los atacados del funesto cholera asiático; pudo buscar un Picaluga para

descartarse de un enemigo inmortal; pero jamás pensó en mancharse con tan horroroso crimen. Bueno está; pero en alma y conciencia debió evitar los muy horrosos que contra los hombres y la sociedad cometió la faccion jacobina; y si no pudo, debió por sin duda, haber hecho dimision del mando para no ser instrumento vil de horrosos atentados. Sin caudal, entró en el gobierno, y salió de la misma manera. Su familia no tiene aderezos de brillantes, pero si de muy recomendables virtudes: el Sr. Farías no puede mueblar casas con suntuosidad y mantener varios coches; pero tampoco puede decirle nadie que ha sido cohechado ó sobornado. Pero dejó que otros muy ineptos y sin calzones, entrasen en los destinos ya establecidos ó innecesariamente creados en esa época turbulenta, para que de la noche á la mañana sorprendiesen al mundo con grandes caudales, casas compradas ó robadas, lujosamente amuebladas, y aun sus familias con sus aderezos de brillantes anunciaban en los espectáculos públicos su pronta riqueza: esto sucedia á la vez que el Sr. Farías por una singular virtud no pudo mueblar casas con suntuosidad y mantener varios coches; y así como nadie puede decirle que fué cohechado ó sobornado, puede decirle cualquiera que en la época de su gobierno el cohecho y el soborno fueron los mas activos agentes de muchas de sus creaturas perseguidoras.”

„¡Salve incorruptible mexicano! En la tierra de Washington te manifestaste digno de la confianza de tu patria, si supiste aprovecharte de las lecciones de su desolacion para ser mas cauto y prudente, y si sentiste en la calma de tu conciencia todo el peso de sus estragos que le causó á esta república tu gobierno. Pasiones rastroas no avasallarán tu ánimo, ni te dejarás arrastrar de la seducccion de los turbulentos que desean sorprenderte de nuevo: y así como supiste dividir el pan que llevabas á tu boca, con los desgraciados prisioneros de S. Jacinto, á quienes una infame administracion, con el abandono recompensaba sus merecimientos; así tambien sabrás hoy en México repartir entre tus revoltosos compatriotas, la sacrosanta paz por medio de consejos saludables y prudentes persuaciones, para que la quietud pública se consolide. De esta manera tu escasa fortuna te dará gloria en aumento; y tus virtudes cívicas, si no se empañan con nuevas pasiones, te harán acreedor á la inmortalidad á que te convidan desde sus tumbas, no aquellos heroes canonizados por asquerosas y criminales facciones, sino los que han pasado á la eternidad con la palma del honor y civismo immaculado.”

Está ya en nuestro poder, y muy bien trabajado por un sr. ladrón letrado, el memorial que hemos pensado presentar á los sres. ladrones, para que nos den garantías de seguridad por medio de honrosas estipulaciones; mas lo hemos detenido, por no saber á punto fijo cual es entre estos ciudadanos la persona de mas alta categoría, ó que tenga el mando en jefe de las cuadrillas, para presentárselo respetuosamente. Vencida esta dificultad, le daremos curso, prometándonos desde ahora que se accederá á nuestra solicitud, por estar seguros de que hay ladrones generosos; y entonces ¡qué nos importa que los faroles de la ciudad se enciendan á media noche, ó dejen de encenderse; que haya serenos ó no los haya, y que ronen ó se rasquen la cabeza; que salgan en ronda los sres. alcaldes, ó no salgan para no constiparse y les venga el garrotillo; y últimamente que se den ó no patrullas por los cuerpos que dice el Comercio paga para su custodia. Consigamos nuestro palco con los sres. ladrones, y que perezca todo el mundo poco nos importa.—EE.